

ALEJANDRO LÓPEZ ANDRADA

EL LIBRO DE LAS AGUAS

algaida



7

Fotografía del autor:
Rafael Sánchez Ruiz

1.^a edición: abril, 2007

© Alejandro López Andrada, 2007
© Algaida Editores, 2007
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-7647-906-3
Depósito legal: M-19.518-2007
Impresión: Huertas I. G. (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

UNO. <i>El retorno</i>	11
DOS. <i>El petirrojo parlante</i>	23
TRES. <i>El crimen de la dehesa</i>	43
CUATRO. <i>El perro fosforescente</i>	71
CINCO. <i>Peñas Grises</i>	91
SEIS. <i>Los ojos de Amalia</i>	117
SIETE. <i>La vidente</i>	133
OCHO. <i>La maldición del viento</i>	183
NUEVE. <i>El retorno de Amalia</i>	205
DIEZ. <i>La huida</i>	235

A José Manuel Caballero Bonald

*Me gusta sentir tristeza por aquel mundo
perdido en el que ya no podré entrar.*

ORHAM PAMUK

UNO

EL RETORNO

EL AIRE DEL SUR, COMO UNA FLOR DE ESCARAMUJO, ha hundido en mi sangre el aroma de aquel tiempo. He vuelto a pisar, de nuevo, el mismo mundo; todo parece igual, nada ha cambiado. El silencio, las ruinas, la soledad y un perfecto abandono siguen siendo los dueños de este paisaje: igual que antes. Sin embargo, si miro atrás, sólo veo lluvia y un hombre perdido huyendo entre las aguas. A pesar de intentarlo, no sé reconocirme. Me siento un extraño en este inhóspito rincón, en este paraje herido por las sombras donde no habita nadie que no sean los autillos cruzando, al anochecer, el cielo negro. En este lugar, ahora mismo, no soy yo. Aquél que escapó de esta tierra desolada, tras sortear la muerte, ya no existe. Sólo flotan escombros dentro de mi alma. En mi corazón fermentan los recuerdos.

Han pasado treinta y seis años desde aquel día, y aún puedo sentir los pasos crujiendo en la hierba, las voces nocturnas agigantadas por la brisa, el jadeo de mi respiración en las espadañas. De no haber llegado a saltar de

la camioneta en aquel pequeño recodo del camino, no estaría aquí, sin duda, contando esta historia, sino en cualquier lugar criando ortigas. Sin embargo, estoy vivo y aún puedo contarlo, y es por ello que he regresado a este pueblo, Bruma (donde vi la primera luz hace muchas décadas), con el fin de narrar unos hechos de mi vida que, ahora, cuando los evoco nuevamente, parecen casi irreales, inverosímiles, como si fueran fragmentos de una imagen que, a mitad de la noche, la luna esboza en un cristal de una ventana azotada por el viento.

Después de un largo y monótono viaje, cuando hoy, al atardecer, llegué a mi destino, el sol resbalaba como una lágrima tras la estación derramando cinabrio y ausencia en las colinas. No había ni un alma esperándome en el andén resquebrajado, espeso de tomillos. Miré a un lado y a otro, tomé mi equipaje y, al instante, me adentré en el ruinoso poblado del Buril, ubicado a un par de kilómetros de Bruma. La luz vespertina resplandecía en los escaramujos alineados a un lado del sendero. El ambiente era húmedo: el crepúsculo a lo lejos, detrás del frondoso encinar, parecía líquido. Se iba abriendo ante mí el viejo libro de las Aguas (sus señales flotaban en la naturaleza). En la brisa aspiré la inminencia de la lluvia.

Recordé, sin querer, las palabras de mi padre: «Cuando brillan los escaramujos al atardecer, en quince o más días no cesa de llover». Al evocar el refrán, me conmoví y me acerqué, de inmediato, a tocar las hojas de uno de los arbustos que fulgía como una silueta de oro en el ocaso.

Mi padre decía que hacer eso traía suerte y significaba siempre un buen augurio. Sentí que el tiempo corría por mi sangre y la voz de los muertos encendía mis entrañas. Me detuve un instante a rezar. Lloré en silencio. Pocos minutos después, seguí avanzando. Quería estar en Bru-ma antes del anochecer. Al salir del poblado minero apreté el paso. El campo, a esa hora, respiraba soledad. Ni un murmullo, ni un silbo de pájaro, ni un rumor o un crujido en el pastizal me acompañaban. Sólo sonaban los goznes de la tarde abriendo a lo lejos, tras las ruinas sigilosas del poblado minero, la voz de la penumbra, las desoladas compuertas de la noche.

Aún me cuesta creer que he regresado de nuevo a esta tierra que, a veces, tanto maldije en la distancia, llegando a odiarla con esa fuerza mineral con que un soldado agonizante odia la guerra bajo el zumbido gris de un bombardeo. Y, a pesar de todo, en este paisaje —ahora lo sé— permanecen mis ojos, mi piel, todos mis recuerdos diluidos en la brutal melancolía que brota y respira en el abandono de estas casas que tiritan de frío cercadas por las sombras. Por eso, cuando crucé este atardecer a sólo unos pasos de los escaramujos y observé la señal del libro de las Aguas, reflexioné que había vuelto a un lugar sin retorno. Sin embargo, no he regresado para quedarme, sino sólo para atrapar mis viejos fantasmas, mi nostalgia que aún yace enterrada, casi pútrida, en los rincones y lugares que ayer quise: la plazuela del Manantial, la ermita vieja, el balneario, el callejón del Viento... Recoger mi pa-

sado en las páginas de un libro es la ingrata tarea que, hace unos días, me propuse: yo, ese viejo escritor infeliz, misántropo, que, hasta este momento, ha cosechado sólo olvido. Por eso, para diluirme en el olvido y de él rescatar el brillo de la memoria, he roto esta misma mañana con la ciudad y he regresado a este pueblo abandonado, a este apartado rincón donde confluyen Andalucía, Extremadura y Castilla-La Mancha.

Tierra cainita es la mía, vieja y pobre, alejada del mundanal ruido y del progreso, abonada por sortilegios y supersticiones, adormecida en los surcos de la ausencia. Y es en este lugar, precisamente, en mi antigua casa, donde, al fin, me he puesto a escribir sobre mí mismo con el pundonor de un preso liberado que en la escritura encuentra su refugio. He vivido muchísimos años en la ciudad sintiéndome igual que un espía sin memoria (mis recuerdos acabaron hundidos en cloroformo); pero jamás renegué de mis raíces, del único espacio al que pertenezco desde siempre, aunque tuve que estar camuflado mucho tiempo interpretando un papel que no era el mío. Esperaba impaciente que un día muriese el Dictador para poder rescatar lo que perdí y expresar libremente, sin miedo, mis ideas. No hay nada peor que un hombre en el exilio, aunque el exiliado esté en su propia patria y respire, en teoría, el aire de su tierra. Necesitaba un reencuentro con mi origen para así recobrar mi antigua identidad (si cambié de nombre fue para sobrevivir) y alejar por fin de mis sienas esta impotencia que transforma en niebla y carbón mis sentimientos. Tras la muerte de Franco, algo comienza a ser distinto, aunque el miedo sigue agazapado en mi interior como una

jínetas escondidas en la espesura. Me cuesta creer que todo ha terminado. Si vuelvo la vista atrás, aún siento el frío adentrando en mis ojos la imagen de una noche que no he podido olvidar durante décadas. Aún oigo las voces nocturnas persiguiéndome. Desalojado de mi corazón, llevo mucho tiempo huyendo de mí mismo.

Para burlar la censura del franquismo, tuve que escribir mintiendo a mis lectores y expresé una realidad que no sentía. Deseo enmendar cuanto antes mis errores. Quiero hacer constar mi arrepentimiento. Esta misma mañana, cuando abandoné Madrid, al dejar la estación de Atocha a mis espaldas, comprendí que en este viaje a mi pueblo natal me jugaba a una carta mi futuro de escritor, porque, a partir de hoy, no engañaré a nadie. Intentaré contar a tumba abierta un largo e intenso fragmento de mi vida: unos sucesos acaecidos en la posguerra, en un ambiente adobado por el rencor, por la pobreza sórdida y la hipocresía.

Ahora, sentado aquí junto a esta mesa donde la carcoma ha hilado su refugio, rodeado por una frágil estantería que, hace ya muchos lustros, estuvo llena de botellas de vino manchego, pitarra y anís dulce, intento, al fin, rescatar de mi memoria fragmentos de un tiempo negro ya caduco, recuerdos cosidos por la atmósfera plomiza de aquellos días brumosos de posguerra donde, quizá, estuve muerto sin saberlo, porque a veces la muerte es una lágrima de barro, una vida sentada sobre la soledad, o una voz sin retorno cubierta por el frío.

En el desolado interior de esta taberna, parecen flotar las voces de otro tiempo, la respiración, las risas de unos hombres que, en su mayoría, se fueron ya hace años a llenar de silencio la Colina de las Tumbas. No queda ni un alma en el pueblo: la emigración, gota a gota, fue dejando las casas vacías. Bruma es hoy un cadáver de arcilla y cal, de tejados caídos y calles ya desiertas.

Recuerdo aquí mi regreso de la guerra, hace ahora treinta y seis años y unos días, cuando bajé del tren —igual que esta tarde— y encontré un paisaje triste y derruido. La luz me escocía en los ojos y en el pecho. Fue el 1 de mayo de 1939; jamás podría olvidarme de esa fecha: los escaramujos habían comenzado a florecer y, lo mismo que hoy, resplandecían como escamas de peces dormidos en un crepúsculo de agua. Era la señal que anunciaba largas lluvias. Tío Braulio estaba esperándome en la estación y me extrañó mucho que no hubiese acudido junto a él, como en otra ocasión, el tío Ángel a recibirme. A mis padres, por desgracia, no los esperaba: mi madre —según decía la última carta que el tío Braulio me había mandado poco antes— había muerto durante un violento bombardeo, y, no muchos días después de ser enterrada, mi padre, enloquecido por el dolor, tras maldecir las desgracias de la guerra, tomó el viejo camino que cruzaba la dehesa y se internó, intentando cruzar el frente, en el término municipal de Fuentemimbre. Desde entonces hasta ahora no he vuelto a tener noticias suyas, aunque en ningún momento lo he olvidado.

Tío Braulio tomó, con extrema diligencia, mi maleta y los demás bultos que traía para colocarlos en las agua-

deras de un manso burdégano. De regreso al pueblo, cruzando el poblado del Buril, observé estremecido las dentelladas de la guerra, sus grises zarpazos en un paisaje irreconocible. Casi todas las casas de los mineros estaban caídas, con los techos hundidos y las puertas desencajadas. Recuerdo el aroma de blenda que brotaba en los lavaderos rotos de la mina y una luz desvaída que levantaba un fulgor de sangre al lado de las escombreras, junto a los légamos que brillaban como lagunillas de oro y vidrio en el resol violáceo del ocaso, donde acababa el término de Bruma. Ululaba un autillo a un ritmo sincopado, escondido en la fronda de los escaramujos, acentuando el desastre del lugar, anunciando más ruinas, deserciones y miserias. Me invadió, de repente, una extraña sensación: una mezcla de ilusión, cansancio y miedo. A unos pasos de mí, resplandecían los arbustos cargados de flores doradas en el poniente. Yo sabía que al día siguiente iba a llover e intuía que, con la llegada de las aguas, aún se acentuaría más la tristeza de esta tierra. Mientras caminaba al lado de mi tío, empecé a escuchar el lamento de los sapos. Restallaba en el campo un misterio fervoroso, un dolor casi místico que en el aire se adensaba y vibraba, a lo lejos, deshecho entre las nubes.

Dejando atrás el poblado del Buril, tomamos el carreterín del Balneario. Las retamas, desarboladas por el viento, parecían sobre el perfil de la colina encorvadas campesinas segando la tarde. Cruzamos el puentecillo de los Poles: bajo su único ojo, entre los juncos, se había adormecido el curso del arroyo y las ranas croaban de un modo débil, quejumbrosas, sin ninguna esperanza, con monóto-

no cansancio. Justo a nuestra izquierda, tras el olivar de don Rogelio, se alzaba, ya cadavérico, el balneario, lamido por el aliento de un sol frío que dejaba en el horizonte un vapor de óxido. Me detuve a observar la estampa emocionado: vi mi niñez corriendo entre las ruinas. El silbo de un alcaraván rasgó el silencio y trastumbó entre los cerros casi fúnebres.

Cuando, al fin, estuvimos en la Colina de las Tumbas, el tío Braulio detuvo el burdégano junto a la ermita; ató, silencioso, el cabestro en la cruz de piedra, y caminamos los dos hacia el cementerio. Recuerdo que dijo: «la puerta está cerrada... Mañana vendremos a ver la tumba de tu madre». Habían brotado ya las primeras estrellas, y un manto de sombras iba cubriendo las paredes. Bruma yacía derramado ante nuestros ojos, envuelto en un débil fulgor de farolillos, como un perro cansado a los pies de la ladera.

Parecían las casas cerezos florecidos mordidos por melancólicas luciérnagas. Se adivinaban lenguas de candiles tiritando en la suave penumbra de las cercas. Por el poniente, detrás de la dehesa, las miasmas del sol aún borboteaban. Había un resplandor morado en las cornisas del corral de mi casa. Empezaba a anochecer. Durante unos segundos, vi la escena conmovido.

—Ahí tienes, sobrino, el lugar donde naciste. ¡Ojalá nunca te arrepientas de haber vuelto! Las cosas no están como antes de la guerra —me dijo el tío Braulio en un tono desolado—. Nuestro pueblo ahora está partío por la mitad. Ándate con ojo y no te fíes de nadie.

No le respondí. Me volví y agaché la mirada. Caminamos de nuevo, despacio, hacia la ermita. Desatamos el dócil burdégano de la cruz, y, bajando el carreterín, entramos al pueblo. Recuerdo un profundo aroma de encina quemada brotando entre los corrales y los tejados, y una delgada bufanda de humo blanco abrigando despacio la torre de la iglesia. Yo llevaba en el corazón bolsas de frío. Mi tío iba a mi lado, serio, meditabundo, arrugado en sí mismo como una oscura liebre.